

# Materialidades semióticas

## Ciencia y cuerpo sexuado

Siobhan Guerrero Mc Manus  
Lucía Ciccía  
(coordinadoras)



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

---

CENTRO DE INVESTIGACIONES INTERDISCIPLINARIAS EN CIENCIAS Y HUMANIDADES  
MÉXICO, 2022

**Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información**

**Nombres:** Guerrero Mc Manus, Siobhan, editor. | Ciccía, Lucía Gabriela, editor.

**Título:** Materialidades semióticas : ciencia y cuerpo sexuado / Siobhan Guerrero Mc Manus, Lucía Ciccía (coordinadoras).

**Descripción:** Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, 2022. | Serie: Colección Debate y reflexión.

**Identificadores:** LIBRUNAM 2135471 | ISBN . 978-607-30-6066-0

**Temas:** Teoría feminista. | Feminismo y ciencia. | Materialismo. | Identidad sexual. | Roles sexuales. | Cuerpo humano.

**Clasificación:** LCC HQ1190.M366 2022 | DDC 305.4201—dc23

Primera edición, 2022

D. R. © Universidad Nacional Autónoma de México

Centro de Investigaciones Interdisciplinarias  
en Ciencias y Humanidades  
Torre II de Humanidades 4º piso  
Circuito Escolar, Ciudad Universitaria  
Coyoacán 04510, México, CDMX  
www.ceiich.unam.mx

Cuidado de la edición: Josefina Jiménez Cortés

Diseño de portada: Angeles Alegre Schettino

Fotografía empleada en la portada: Eva Villaseñor Venegas y Cindy Carolina Martínez Lagos

ISBN del volumen: 978-607-30-6066-0

ISBN de la colección: 978-607-02-9726-7

Este libro fue financiado por el proyecto PAPIIT IN 400720 “Ciencia y Género. Cuerpos, Identidades y Subjetividades Periféricas”.

Esta obra fue sometida a un proceso de dictamen en la modalidad doble ciego por académicos especialistas en el tema. Los dictámenes resultaron favorables para la totalidad de la obra, en todas sus secciones, partes y capítulos, por lo cual el Comité Editorial del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades dio visto bueno para su publicación.

La edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

*Dedicamos esta obra colectiva a todas aquellas personas que nos han dejado en estos tiempos tan desafiantes.*

*De igual modo, también dedicamos los siguientes textos a quienes han partido y a quienes se han enfrentado a la recuperación y cuidado de su salud por otras enfermedades que se sumaron a las complejidades de la pandemia y contingencia sanitaria.*

*A quienes defienden la vida en la precariedad.*

## ÍNDICE



|   |     |
|---|-----|
| Introducción  |     |
| <i>Siobhan Guerrero Mc Manus y Lucía Ciccía</i> . . . . .   | 11  |
| Debates metafísicos en torno al sexo.<br>Esencias, clases naturales y fronteras                                       |     |
| <i>Siobhan Guerrero Mc Manus</i> . . . . .  | 27  |
| La intersexualidad en la construcción de la diferencia racial.<br>El racismo en la construcción de la intersexualidad |     |
| <i>Dau García Dauder</i> . . . . .  | 53  |
| El cerebro cisheterosexual: nociones para desarticular<br>los discursos de la neurobiología hegemónica                |     |
| <i>Mauricio Saldivar Lara</i> . . . . .   | 87  |
| Sucesos depresivos: aportes para reinterpretar<br>la salud mental desde una lectura no biologicista                   |     |
| <i>Lucía Ciccía</i> . . . . .   | 117 |
| Una crítica desde el feminismo analítico al patrón<br>explicativo de la psicología evolutiva                          |     |
| <i>Ana Cristina Cervantes Arrijoja</i> . . . . .  | 145 |
| Frans de Waal y Vicky Kirby: dos intentos por superar<br>la dicotomía naturaleza <i>vs.</i> cultura                   |     |
| <i>Eduardo Ferreriz Duarte</i> . . . . .  | 175 |

|  |     |
|--|-----|
| El VPH como un actante en intraacción performativa<br>sexogenerizada: trazos para repensar la prevención<br>de su contagio y de sus situaciones cancerosas<br>desde los nuevos materialismos feministas<br><i>Diana Alethia Guerrero Hernández</i> . . . . . | 205 |
| Biocapitalismo, cuerpo y mujeres<br><i>Leah Muñoz Contreras</i> . . . . .  | 233 |
| La potencia técnica de los cuerpos: sujetos vivos,<br>sujetos metaestables<br><i>Emma Baizabal</i> . . . . .   | 263 |
| ¿Es el feminismo una clase natural?<br>Del sujeto al objeto del feminismo<br><i>Mariana Palumbo</i> . . . . .  | 283 |
| Semblanzas . . . . .   | 307 |

---

LA POTENCIA TÉCNICA DE LOS CUERPOS: SUJETOS VIVOS,  
SUJETOS METAESTABLES



*Emma Baizabal*

### **Introducción**

El capítulo hace un repaso por algunos de los problemas de la enunciación del sujeto político caro a los movimientos tanto teóricos como políticos que se inscriben en las líneas del feminismo. El primer apartado es un breviario sobre las diferentes concepciones, tanto esencialistas como antiesencialistas, que busca rastrear la inquietud por la pertinencia misma de la pregunta por el sujeto político del feminismo como única posibilidad teórica para enunciar la conformación de colectividad. Frente a estas opciones se evalúan las posibilidades y límites de la propuesta de lectura del colectivo como serie a partir de la noción de circunstancia de Iris Marion Young. En el segundo apartado se explora la propuesta de individuación e individualización para pensar la conformación de colectividad desde una perspectiva ontológica que no sustancialice el problema de la identidad, sino que lo supere a partir de pensar el proceso de devenir. La cuestión técnica es planteada como horizonte posible para pensar otros mecanismos de conformación de lo que en el apartado anterior se llamó la circunstancia. En el último apartado exploramos en qué sentido la cuestión técnica moviliza las concepciones de potencia inventiva y operación que posibilitan otro tipo de interacciones y relaciones de cara a la conformación colectiva que no ponga por frente la categoría de identidad.

### **Entre ser mujer y devenir mujer...**

Una de las cuestiones fundamentales que ha hecho eco en las reflexiones feministas de los últimos tiempos ha sido el problema del sujeto o sujetos del feminismo. A este respecto, han surgido algunas preguntas como, ¿en qué sentido se puede decir que formamos un grupo?, ¿cómo

identificamos la similitud de opresiones que nos atraviesan?, ¿de qué manera articulamos ejercicios políticamente útiles para transformar las condiciones de vida en las que nos encontramos?

Es posible ver que en las luchas surgidas durante la llamada primera ola del feminismo bastaba con reconocerse mujer. Así, se concebía un movimiento por y para mujeres, en donde la caracterización de qué significaba en concreto ser mujer parecía no abonar problema alguno. Ser mujer era ser opuesta al hombre, tener otras posibilidades —casi nulas— políticamente hablando, y tener ciertas responsabilidades que cumplir, delimitadas por la lectura genérica del cuerpo biológico: tener hijos, amamantar, sostener a la familia, etc. Se entendía, entonces, que todas aquellas que compartíamos un cuerpo con vulva, compartíamos también opresiones más o menos similares, así como medios comunes para modificar dichas opresiones.

Las llamadas “olas del feminismo”, entendidas como un proceso progresivo, que comenzó con las primeras enunciaciones de mujeres europeas que abogaban por su incorporación al ámbito de reconocimiento político del que gozaban los hombres, hacia las condiciones de emancipación de todas las mujeres, han desencadenado posturas políticas estratégicas fundamentales para el aseguramiento económico y social de la redistribución del poder. Los enfrentamientos teóricos tampoco se han hecho esperar. Pronto se conformó una especie de movimiento dialéctico que ha tendido, ora a la positividad, ora a la negatividad crítica, pero sobre todo a problematizar las nociones fundamentales que el movimiento en su origen tenía claro: ¿qué significa ser mujer?

Entre el ser mujer y el llegar a serlo, se entiende que compartimos opresiones más o menos similares y medios comunes para modificar dichas opresiones en pos de una vida mejor, emancipada y con poder político-económico. Las discusiones se han partido, *grosso modo*, en posiciones que podemos llamar esencialistas y antiesencialistas (Stone, 2004: 135-153). Ya sea que el feminismo que se representa, o desde el cual se enuncie, reconozca como válidas y definitorias algunas características básicas para las mujeres que ponen la atención, por ejemplo, en la condición sexual, biológica o reproductiva; o que se trate de una construcción social genérica que tiene que ver con valores tradicionales de la constitución de lo femenino, la responsabilidad doméstica o afectiva, así como la construcción de un ideal de mujeres como objetos sexuales (en lugar de como sujetos sexuales).

Ciertamente han sido las aproximaciones de los feminismos negros, los feminismos decoloniales y los feminismos comunitarios, las que han colaborado en la crítica a aquella categoría de mujer que en un principio resultó a los feminismos europeos completamente transparente. Autoras como Angela Davis o Kimberlé Crenshaw han propuesto metodologías conceptuales para reconocer la multiplicidad de fuerzas que colaboran para sostener las injusticias sociales, aún al interior de esos movimientos de emancipación que enunciaban “todas las mujeres por igual”. Si bien los feminismos negros reconocen la necesidad de criticar la noción de identidad, esta era pensada problemática solo en cuanto constituía otro de los ejes de dominio hegemónicos. En ese sentido, la noción misma de negritud puede ser leída como una identidad que necesita afirmarse como parte de la resistencia.

No es de nuestro interés hacer una exégesis de los feminismos negros como tampoco lo es hacer una genealogía de las posturas teóricas o políticas que afirman la necesidad de una identidad. Reconocemos que no es un problema menor ni mucho menos fútil el de reconocer quiénes, como una, han sufrido condiciones de explotación, maltrato, injusticias o violaciones, todo con el fin de concretar alianzas que nos posibiliten enunciarnos como agentes individuales, dignos de transformar nuestras condiciones de existencia. A esto se le agrega el problema de la subordinación o invisibilización de otras experiencias, que no es solo teórico, sino que viene acompañado de preocupaciones sobre la exclusión de las actividades políticas y económicas. Así, se entiende que la solidaridad, por ejemplo, es fácilmente reconocible al interior de los grupos que comparten características similares; las de determinado cuerpo sexuado o las de determinada socialización femenina. La similitud como punto fundacional para la acción política, sin embargo, lleva consigo una serie de problemas (Chun, 2018), entre los que destaca la dificultad de determinar si en efecto de ella se sigue la conexión o incluso el compromiso político. Desde la cuestión de la similitud se pueden seguir defendiendo el *statu quo* de determinados cuerpos, determinadas prácticas y determinados discursos que imposibilitan las condiciones de transformación desde las cuales la solidaridad y la resistencia se plantean como ejes de acción; el peligro inminente es la caja de resonancia que puede volverse la actividad política, algo que vemos en mayor o menor medida en las esferas del “activismo virtual”, nos referimos a ese pronunciamiento sobre las coyunturas que se hace desde los espacios virtuales y que confunde uso de las tecnologías digitales con



la generación de nuevas y diferentes estrategias políticas en el registro de lo público. Más allá de esto, se vuelve una argumentación sin salida tener que volver siempre a describir propiedades o determinaciones que deban ser compartidas por ciertos cuerpos, ciertas experiencias para brindarles espacio en ese colectivo que mienta el famoso sujetos de tal o cual lucha política. Si bien parece que sin la categoría de mujer se corre el riesgo de perder toda la especificidad de las políticas feministas, cabría permanecer en las preguntas: ¿esto también implica la ambigüedad de la acción?, ¿podemos o no podemos actuar colectiva y solidariamente?, ¿de qué manera se formarán las alianzas si no podemos nombrarnos?

Si bien se entiende la necesidad del llamado a ciertas categorías políticas como la solidaridad y la resistencia para pensar procesos de alianza que se articulen desde la empatía, el reconocimiento del otro, la confianza; registros de un trato que busca la organización de la lucha en común. Estas nociones, aunque tengan una buena intención al insistir en la necesidad de la acción conjunta, son muy complicadas de ser pensadas en términos teóricos, no solo por el peligro de hacer de la solidaridad una caja de resonancia o de la resistencia solo un ejercicio reactivo, sino porque limitan la potencialidad inventiva de las alianzas en común. El problema de la definición de la identidad, como hemos querido trazarlo en un principio, hunde sus raíces en esta ambigüedad. Incluso la propuesta de interseccionalidad de Creenshaw, retomada como una postura política propia de los grupos identitarios negros, es concebida más bien como una acción política concreta que como una metodología crítica.

La propuesta de Iris Marion Young, desde una perspectiva feminista socialista, es otro ejemplo de cómo reconocer las condiciones de emergencia de las alianzas para salir de las diatribas de la identidad. La relectura que hace la autora de la idea sartreana de colectivo como serie está planteada como la condición de posibilidad para la acción conjunta. Se encuentra más ligada a una noción de situalidad que a la de identidad establecida. Analíticamente intenta brindar a las nociones de clase, raza y género un fondo común para la acción que conciba las fuerzas de poder inmanentes no solo en cuanto estructuras sino en cuanto entrelazamiento operativo de objetos.

Por lo pronto, entonces, la idea de colectivo como serie (Young, 1994) puede darnos una dirección lejos de la determinación de la identidad, sea esta a partir de las propiedades biológicas o de las construcciones sociales impuestas, y que parecen cerrar la posibilidad a la acción para los sujetos solo al interior de determinadas luchas. De lo

que se trata es de pensar en las dimensiones de colectivos no unificados que articulan su acción en torno a circunstancias específicas donde se juegan materialidades, territorios —con territorios se quiere decir mediaciones en sentido material pero también discursos y prácticas—, etc. Un colectivo como serie es propuesto precisamente como condición de posibilidad para un grupo, es la situación emergente que posibilita una identificación o una diferencia, y no el marcaje identitario particular. La concertación de la acción no depende de ninguna intencionalidad que dirija o de un objeto motor de la reunión como sucede con la identidad fijada de antemano; la unión se forja a partir de cierta potencia alrededor de los objetos materiales que intervienen en el medio. No es una entidad establecida a partir de atributos específicos, sino que refiere a la circunstancia corporal, objetual y significativa que reúne individuos en un medio específico. En este sentido, se dice que es una colectividad cuya unidad es amorfa y está en constante cambio. No es posible determinarla de antemano, pero eso no la exime de concebirse en el rango de unidad operatoria; más que una identidad compartida, la serialidad tendría como característica una cierta resonancia que es posible a partir de los objetos materiales que instauran relación y no la pura secuencialidad, como la de una fila.

En un artículo titulado *House and Home: Feminist Variations on a Theme* (2001), Marion Young revisa el hogar en términos de la situacionalidad que permite al colectivo como serie actuar. Ese mismo hogar, que para muchas feministas no es sino un espacio de enclaustramiento que ha mantenido a las mujeres alejadas de la vida pública, es para la autora un espacio que puede materializar otras formas de interacción entre el cuerpo vivo y la disposición de los objetos. Ese espacio que domina el imaginario de la reclusión a la privacidad y su consecuente violencia es también un campo abierto, y no siempre cuatro paredes constrictivas. No es la determinación del espacio lo que hace al hogar, de la misma forma que no es solo el trabajo doméstico lo que sostiene una casa. Para la autora, la diferencia entre hacer hogar (*homemaking*) y el trabajo doméstico (*housework*) son modalidades del encuentro con un espacio, entendido este en el contexto amplio de lugar, cuerpos, objetos, en donde las actividades de la colectividad no están solo subsumidas a la historia del espacio privado. Hacer hogar, dice la autora, no es mantener un espacio intacto sino renovarlo, y esta renovación solo es posible ahí donde la actividad de la cotidianidad se vuelve potencializadora de identidades flexibles prolongadas a partir de la agencia producida por

la interacción con la materialidad de las cosas. El hogar, como dice bell hooks, es el lugar para dinamitar las estructuras (1990); la provocación es que esto solo es posible cuando el hogar no nos determina ni en la individualidad ni como grupo homogéneo, sino mientras podemos tomarlo como condición de posibilidad para crear otras actividades y otras significaciones de tales actividades, producir otros encuentros, a través de actos inventivos.

Precisamente donde la colectividad como serie designa cierto nivel de la vida social se encuentra como fondo de toda acción. Tanto las alianzas solidarias como los ejercicios de resistencia pueden ser pensados como efectos posibles de tal condición, en la medida en que se trata de prácticas realizadas a partir de la confluencia de su medio emergente: objetos, discursos e interacciones funcionales tanto materiales como simbólicas. No es solo una aproximación relacional, ya que esta necesita que los términos que establecen la vinculación estén dados de antemano, preexistan completamente determinados. De lo que se trata, más bien, es de considerar un régimen recíproco de acción en donde no son solo los sujetos los que operan sobre los objetos los que los crean y manipulan: una operación de este tipo debe ser entendida como esa relación bidireccional que sucede entre objetos y sujetos, entre humanos y naturaleza, entre el medio y el mundo.

Si bien pensar el colectivo como serie es pensar la condición de posibilidad, de emergencia, para que la solidaridad se presente, y si esta solidaridad no pretende determinarse por las condiciones biológicas de los sujetos, ni por categorías cerradas que limiten la acción de prácticas políticas, parece que la propuesta no se salva de algunas objeciones. Alison Stone, por ejemplo, considera que esta noción trae consigo todavía un sesgo esencialista de tipo estratégico, ya que, si bien admite que las características que las mujeres comparten las identifican de manera cerrada o determinante, sí pueden formar un colectivo como serie ahí en donde reconozcan los dispositivos que las han articulado como grupo. En este sentido, la propuesta de Stone de distinguir una especie de genealogía, una propuesta narrativa o de interpretación histórica común que reconozca las realidades que condicionan ciertas subjetividades, intenta deslizarse fuera de la discusión entre esencialismos y antiesencialismos.

Lo que Alison Stone examina es la ambigüedad que hay detrás de la idea de objetos materiales que ponen en relación con los sujetos miembros de la colectividad como serie. Esto, sin embargo, más que

desplazarnos hacia una cierta narratividad o comprensión histórica de los discursos en los que se instalan o atraviesan a los sujetos, lo llevaremos en adelante hacia la comprensión de objetos a la manera en la que Gilbert Simondon piensa el objeto técnico.

Porque es verdad que no es suficiente con decir que estos objetos son de corte contextual, lo que nos interesa más bien es pensarlos en términos operativos. Como se intentará defender más adelante, la cuestión técnica del objeto no depende de la instrumentalidad que reviste a un objeto, es decir, el hecho de que algo pueda ser usado como una herramienta o como un útil. La cuestión técnica será pensada a partir de la operatividad funcional que produce toda una red de objetos. El objeto técnico no es ni uno ni sincrónico, no es una computadora o un teléfono, sino es el entramado objetual que produce redes de funcionamiento, una potencialidad operatoria que se deja ver en la conformación de situación. Este modo de aproximarse a la cuestión técnica es para Gilbert Simondon una cuestión también genealógica. Se llega a los modos de operatividad técnicos a partir de la génesis de la tecnicidad; y es la pregunta por esta génesis la que da cuenta de los modos de devenir los procesos plurales de individuación.

### **Individuación y potenciales**

No han sido pocos los intentos por relacionar la noción de individuación de Simondon con las inquietudes feministas. Particularmente, la filósofa australiana Elizabeth Grosz ha sido una de las pensadoras que, desde las perspectivas feministas de los nuevos materialismos, ha echado mano de la filosofía francesa en un intento por pensar otros modelos del devenir de los sujetos. En su artículo titulado *Identity and Individuation: Some Feminist Reflections* (2012) se encuentra una de las revisiones que mejor vinculan dichas inquietudes con el pensamiento del filósofo Gilbert Simondon. Este autor, tardíamente reconocido, realiza una apuesta teórica sobre los modos en los que se desenvuelven los múltiples procesos de individuación; no concibe un proceso único que pueda dar cuenta de la constitución de los diferentes individuos físicos, biológicos y sociales, sino que busca analogías funcionales entre estos distintos ámbitos, que además se proyectan hasta los modos en que se genera la producción técnica. El trabajo de Simondon le sirve a Grosz para trazar las modalidades en las cuales se desenvuelve la materialidad que in-forma todo lo

real; preocupación particular de los nuevos materialismos, que intentan volver sobre los problemas abiertos por los constructivistas que pasan de largo la actividad o agencia de la materia.

El artículo en cuestión es una reevaluación de la propuesta simondoniana en coordinación con las propuestas feministas enmarcadas en los nuevos materialismos. La atención puesta en la materialidad por parte de estas propuestas, si bien todavía muy abstracta, coordina de manera interesante con la comprensión que tiene Simondon del proceso de desenvolvimiento de lo real, a saber, la individuación como ontología del devenir. La revisión que hace Grosz de los conceptos claves de la teoría simondoniana, individuación, transducción, materia e información, le sirven no solo para reconocer la importancia teórica del pensador francés, sino también para trazar un puente con las búsquedas de ciertos feminismos que se inscriben en una actualización de las concepciones de cuerpo, materia, agencia, devenir, etcétera.

Grosz reconoce que la comprensión de la individuación como procesos es cara a las inquietudes feministas sobre la individualidad y la identidad, tanto en sentido material como en sentido biológico. El texto principal en el que la autora centra su análisis es precisamente la tesis principal de Simondon: *La individuación a la luz de las nociones de forma e información* (2014). Dicho tratado es una conceptualización de las condiciones de desenvolvimiento de todo lo real: el proceso de individuación. Lo relevante de esta investigación es que plantea la ontología como una ontogénesis, esto significa que el proceso por el que las cosas llegan a ser no depende de un principio metafísico universalmente válido; lo que importa es ir a descubrir el proceso ahí donde las cosas confluyen, donde las situaciones se crean y el devenir sucede. Esta obra que justo hace un análisis de las formas de desenvolvimiento de los ámbitos físicos, biológicos, psicosociales y transindividuales es además complementada con una segunda tesis titulada *El modo de existencia de los objetos técnicos* (2007), que se concentra en la búsqueda de una tecnicidad, es decir, el reconocimiento de la génesis de los objetos técnicos.

La individuación para Simondon se trata de un proceso no lineal de resolución de tensiones que ni es total ni tiende o deviene de la unidad. El proceso de individuación no culmina con el individuo formado, ni es nunca el individuo el *telos* o fin último del proceso. La resolución, además, no marca un punto de inflexión o estancamiento, sino que se trata de una fase en un proceso sistémico de metaestabilidad. Todo sistema se encuentra siempre en un equilibrio metaestable, es decir, es

rico en potenciales y son estos potenciales los que se estructuran para dar paso a la conformación de individuos. El individuo no es del todo un momento de estabilidad, incluso en el ámbito de la individuación física donde el autor analiza la conformación de cristales: lo que sucede con el individuo devenido cristal no es una estabilidad completa sino una temporalidad cuya metaestabilidad le devuelve la apariencia de completud. La diferencia entre estabilidad y resolución es que esta última es entendida como una fase de un proceso más amplio, la individuación, en donde el individuo nunca se mantiene fijo de una vez y para siempre. Una resolución es siempre una parada en un recorrido más que una meta final. Un momento entre un paso y otro más que un lugar de residencia. Este proceso es continuo, pero no lineal y menos aún progresivo. Más claramente, la idea de progreso que el autor pretende no es la de la ascendencia sino la de la transformación.

Para Simondon todo sistema estable es de hecho un sistema muerto, mientras que todo sistema vivo es un sistema rico en potenciales de los cuales no es necesario que todos se manifiesten, se resuelvan, o concluyan. En este sentido, un sistema vivo es un sistema metaestable. Esta noción de vida, por supuesto, es mucho más amplia que aquella que refiere a los seres vivos como aquellos que realizan un proceso de crecimiento, reproducción y muerte a partir de células mínimas. Lo vivo, entendido a la manera simondoniana, engloba también los objetos técnicos, los seres inertes, los símbolos, etc. Así, el proceso de individuación es pensado como un sistema de potenciales que constantemente se están diferenciando.

Esta idea de individuación constituye una de las mayores críticas a la historia de la filosofía en cuanto atenta contra el hilemorfismo heredado por siglos. Contra la idea de que un individuo es formado a partir de las entidades separadas de forma y materia (y al margen de las diferentes corrientes de pensamiento que históricamente han otorgado a una u otra la preponderancia), Simondon insiste que el individuo es más un punto del movimiento mismo que una entidad estable que es capaz de ejercer el movimiento. Este rechazo del hilemorfismo es lo que hace atractiva la noción de individuación que como proceso reconoce las fuerzas potencialmente activas en todo lo devenido real. Para el autor, la materia ya siempre está in-formada, los potenciales no son pensados como pura virtualidad o virtualidad pura, sino que están determinados material y estructuralmente dependiendo de algo que Simondon llama una carga de pre-individualidad. *Grosso modo* podemos decir que esta carga de pre-

inividualidad no es un principio abstracto ni naturaleza entendida como pura materia, sino la carga de materia-formada/forma-materializada que permite nuevas estructuraciones a partir de las nuevas interacciones.

La dinámica de este proceso, es decir, la manera en la que se estructura y reestructura la pre-individualidad en formaciones individuales, no es un movimiento dialéctico en donde el individuo actúe como totalidad afirmativa que engloba la carga de potenciales. Es un movimiento que se genera a sí mismo en tanto busca coordinar su propia resonancia interna, una dinámica que el autor llama transductiva. El proceso de la transducción no es lineal ni en evolución continua, sino que avanza por saltos, modifica y reestructura unidades provisoras a partir de fuerzas heterogéneas que se estabilizan en una especie de tensión que siempre busca resolución. Esta resolución es la posibilidad de un cambio de estructuración: una nueva individuación. Se trata de la posibilidad de transformación creativa: una invención entendida en sentido amplio (Grosz, 2012: 43).

La individuación, sin embargo, no se limita solo a la conformación de individuos, sino a las individualizaciones subsiguientes que ciertos organismos llevan a cabo, tanto interna como externamente: “un individuo no es solamente individuo, sino también reserva de ser aún no polarizada, disponible en espera” (Simondon, 2019: 386). Esto es, las significaciones que suceden en el nivel psicosocial y que conforman no solo el ámbito de nuestra psique, sino que colinda con la formación de relaciones en el nivel transindividual.

La transindividualidad es precisamente una consecuencia de la transducción, de la resolución de problemas en el nivel más amplio que colectivo, “es contacto posible más allá de los límites del individuo” (Simondon, 2012: 395). Esta noción de transindividualidad puede ser ligada a la de colectivo como serie de la que hablaba Iris Marion Young, en cuanto designa un nivel de intercambio que no se establece a partir de las marcas identitarias o determinaciones categoriales ligadas a un grupo, sino que pertenece a la posibilidad de transformación ahí donde la reestructuración, tanto del individuo como de la serie, participa de nuevas formas de reintegración en coparticipación. Si el grupo como serie, decíamos antes, es amorfo y está en constante cambio, el ámbito de lo transindividual es, de manera análoga, esa región de intercambio psicosomático: los cuerpos y las significaciones se transforman en acción coordinada según la resonancia que se amplifica. Dicha transducción es entendida como un movimiento de propagación de la información.

Esto, si bien es una herencia del pensador francés muy interesado en los avances de la cibernética, no debe entenderse en términos de la teoría de la comunicación y de la información, en donde un mensaje es simplemente traspasado de un lugar a otro, como si un contenido pudiera ser vertido en determinadas formas, dependiendo del contenedor/receptor; se trata más bien de un movimiento de autogeneración por resonancia interna. Esta propagación de información se encuentra a medio camino entre la transferencia y la traducción, no es solo llevar un contenido de un lugar a otro, es una modificación material/formal, es decir, estructural y funcional del ámbito pre-individual en proceso de devenir individuo.

Precisamente cuando recuperábamos la situación del hogar, seguíamos la inquietud de Marion Young por reconocer qué es aquello que puede modificar las condiciones dadas como estructuras de poder instanciadas; reconocer que la situación del hogar, no solo en términos espaciales sino en el nivel simbólico, e incluso en el terreno de los objetos que los conforman, se trata de un sistema rico en potenciales de transformación de la cotidianidad y no solo determinado históricamente como la justificación del ámbito privado. El hogar no es la transindividualidad. Esta se genera a partir de la modificación doble que sucede tanto en los individuos del colectivo como serie, como en el hecho mismo de la colectividad producida por el encuentro particular de hacer hogar y estallar el hogar, transformar el hogar soltando aquellas otras determinaciones.

En el ámbito de lo transindividual no se juega solamente aquello que entendemos como lo colectivo, ahí donde los sujetos comparten significaciones, discursos, sentidos y símbolos, sino que también entra el proceso de individualización propio de los objetos técnicos; no es solo el uso, como podría entenderse en un primer momento con la propuesta de Marion Young, sino una conformación coordinada entre la vida humana y la vida técnica que confluye individualizándose.

Quizá por el marcado carácter en la perspectiva de los feminismos materialistas, a Grosz le interesa la noción de materialidad subyacente en la noción de pre-individuo, aquella virtualidad o potencialidad que no ha devenido diferencia entre el fondo y la forma o entre la forma y la materia. Por eso la estructuración y la funcionalidad son el centro de la capacidad de emergencia o evolución. Ninguna conformación, ni material, ni biológica, ni social, se hace depender de una forma dada de antemano, y esto es lo que la autora reconoce como uno de los problemas



centrales de los feminismos. Por un lado, se encuentra el énfasis en la cuestión de las individuaciones como procesos plurales que no determinan con anterioridad a los individuos, sino que coparticipan de procesos complejos de transferencia de información. Un proceso que la autora lee como de materialización y de evolución, otra noción que Grosz ha trabajado a propósito de la herencia darwiniana y que le permite cierta elasticidad a la hora de pensar la diferencia y repetición en términos materiales (Grosz, 1999). Todo esto sigue en línea con la problematización de la noción de identidad, central en las luchas políticas y sociales. Por otro lado, el límite con el que la autora se encuentra es con pensar que todo puede ser resuelto en términos de la subjetividad entendida como “la elaboración de un nuevo objeto que es ahora capaz de tomar sus propias operaciones, sus propias resonancias internas como un modo de solucionar problemas” (Grosz, 2012: 53). El problema reside en que esperar que la subjetividad se vuelva ese nuevo objeto que delimite las maneras en que se dan soluciones a los conflictos entre, por ejemplo, sexo y género, es todavía una apuesta demasiado abstracta.

A pesar de que las inquietudes de Grosz se encuentran enmarcadas en los nuevos materialismos, y que algunos de ellos, como es el caso de Braidotti, se encuentran en alianzas críticas con la cuestión técnica, a la autora se le escapa por completo que los procesos de individuación no refieren solamente a los sujetos vivos, razón misma por la cual la individuación y la individualización marcan ligeras variaciones que tampoco dependen de un “tipo” de entes sino de la posibilidad de perpetuar la transferencia de información o estructurar una resolución. Incluso en otros intentos por pensar la relación entre la individuación simondoniana y los discursos feministas, la crítica ha sido puesta sobre la aparente preeminencia que otorga Simondon a los organismos vivos, humanos, por encima de los organismos “no vivos” (Harvey *et al.*, 2008). Este no es el momento de una defensa *in extenso*, sin embargo, sí diremos que no colindamos con estas aproximaciones, principalmente en lo que concierne a la conformación de los objetos técnicos. No se trata solamente de los usos que los sujetos humanos dan a los objetos creados, sino de la comprensión que se tiene de su propio proceso de producción, es decir, de individualización, y más aún, de la suma de individualizaciones que colindan con el resto de individuaciones que configuran el mundo. El problema del acercamiento de Grosz al pensamiento de Simondon es que se restringe al ámbito de lo físico y lo biológico en la conformación de individuos, dejando de lado una de las aportaciones más interesantes

del filósofo: su noción de tecnología, la cual nos permite mirar hacia el segundo proceso de la individuación, la individualización, es decir, lo que sucede una vez que una forma viva, el organismo viviente humano, por ejemplo, resuelve un conflicto.

### **La potencia técnica no es un *cyborg***

Normalmente cuando se habla de tecnología, se hace mención de los aparatos, instrumentos, herramientas, dispositivos y máquinas como si fueran sinónimos. Incluso al interior de ciertos discursos sociológicos y filosóficos, lo tecnológico es concebido como una suma de objetos de producción moderna que se encuentran inscritos en la gran narrativa del progreso tecnocientífico. El pensamiento sobre la tecnología se ha reducido a una visión tecnófoba y otra tecnófila, vertientes que apresuran a declarar su postura política de acuerdo o desacuerdo con el modo en que se producen objetos en el modelo económico operante, más que a desarrollar apuestas teóricas fuertes sobre los modos de desenvolvimiento de lo real técnico en tanto técnico. Los tecnófobos consideran que la tecnología no es más que la producción de enajenación, pérdida de experiencia y mistificación de la vida, así como mercantilización de los cuerpos, el territorio, la naturaleza. Los tecnófilos, por su parte, ven en la tecnología el sueño dogmático de la libertad, la emancipación, el progreso y el futuro utópico. Ambos son pensamientos instrumentalistas en donde la tecnología, que además solo es pensada como objetos discretos creados de la revolución industrial para acá, cumple un rol social determinante: o esclaviza o emancipa.

Diversas pensadoras feministas han reconocido las limitaciones de las posiciones antes esbozadas, principalmente por el hecho de que plantean valores regulativos específicamente masculinistas. Así, han realizado fundamentales aportes sobre las condiciones epistémicas y ontológicas en las que se desenvuelve la producción técnica, y cómo esta modifica la vida, los cuerpos, la naturaleza y las subjetividades. La teoría de Donna Haraway es, sin duda, el paradigma desde el que se han articulado una serie de reflexiones cuyo motivo principal es el *cyborg* o la máquina semiótico-material. Los ciberfeminismos de los noventa reflejan estas inquietudes, al tiempo que abarcan un amplio espectro de prácticas políticas digitales, desde la representación y participación de los cuerpos femeninos y feminizados en los espacios digitales

hasta el cuestionamiento de la conformación de estos mismos cuerpos y prácticas en dichos espacios. Los espacios digitales, en este sentido, son entendidos como mediaciones, no como medios ajenos a las prácticas cotidianas sino como una extensión que, en muchos casos, emancipa el potencial creativo de la recodificación.

Incluso al interior de ciertos feminismos materialistas, como es el caso de Braidotti, en donde el cuerpo es rescatado no desde la conformación material biológica sino desde el proceso de devenir y agencia de la materia misma, la operación tecnológica juega un papel fundamental contra la vieja oposición entre lo dado por naturaleza y lo dado por artificio. Desarrollos teóricos contemporáneos, por ejemplo, entre las xenofeministas, han seguido una línea de análisis de la tecnología que guía a la participación de la producción de una “mejor calidad de vida” para las mujeres. Estas propuestas están centradas en una noción relacionada con la tecnología, la aceleración, que pretende avanzar la producción técnica con el cometido, más bien retórico, de la destrucción de todas las condiciones de inequidad, incluido el género. Sin embargo, aunque aceptada en general la noción de aceleración como una característica ligada a la velocidad de la producción industrial, no es claro de qué manera se juega una condición técnica en ella. Ya sea que se busque democratizar el Internet, perpetuar la reproducción de aparatos que emancipen a las mujeres de las tareas domésticas o incluso el viejo sueño, vuelto pesadilla, de la reproducción asistida, este tipo de posturas insisten en el presupuesto instrumentalista que concibe la tecnología como la producción industrial de objetos discretos que sirven para ser usados, aunque desde una perspectiva que sume la participación de las mujeres que, se entiende, no es equiparable a la de los hombres.

Frente a estas tendencias, la concepción simondoniana de la tecnología, entendida al interior de la teorización sobre proceso de individuación e individualización, no radica en la manera en la que los objetos pueden ser usados o en sus respectivas regulaciones, sino la potencia operativa que constituye la tecnicidad. No es usando la tecnología, sino operando técnicamente como se produce de hecho una transformación. Esta aproximación teórica ya no se alimenta de la utopía aceleracionista que hunde sus raíces en la aspiración tecnócrata, tampoco es la imagen del *cyborg* que devino una especie sincrética de esperanzas transhumanistas; aproximaciones problemáticas por cuanto se olvidan precisamente de la producción técnica en sentido operativo

y terminan por confeccionar un ideal robótico con los sesgos de un humanismo que reniega de sí mismo.

Cuando se habla de cuerpos no se habla de biología, sino de estructuras y funciones que se organizan y reorganizan; que conforman significaciones y que producen sentido. Cuando se habla de la potencia técnica de los cuerpos no se habla de la condición protésica de los mismos en el sentido de una biología extendida, sino que se invita a potenciar la agencia e inventiva a partir del encuentro de aquello que con Marion Young llamamos la circunstancia. Con esta idea se busca desplazar el problema de la determinación del sujeto como una identidad estable, clara y distinta, por ejemplo, la mujer. Al contrario de esta determinación que recae en un abstracto sujeto político, la inventiva técnica es el germen que dispara la individualización colectiva. Un acto inventivo es aquella potencia operatoria, en términos funcionales y reestructurantes que sintetizan la resolución de un conflicto en cada caso. El problema que se quiere responder acá es la determinación cerrada que parece generarse a partir de la cuestión de identidad. La búsqueda por el proceso es aquello que centra la atención en el acto —debería decirse los actos— que suceden muchas veces como golpes de dados.

Lo que querríamos apostar es que los modos de configurar nuevas relaciones en circunstancia, que sigan un proceso de coordinación funcional reestructurante, que potencien nuevas individualizaciones, son posibles de comprender de manera novedosa a partir de pensar la potencia técnica que radica en el acto inventivo. Esto no significa considerar la invención en relación con la creación de objetos. Si bien la invención es pensada en términos técnicos, no debe entenderse como el proceso de producción de una máquina, una actividad propia de la de innovación tecnológica entendida nuevamente dentro de la gran narrativa del progreso tecnocientífico. Aunque la creación de objetos es un acto inventivo lo suficientemente amplio donde cabe más que la intencionalidad humana —hay también entre los animales una construcción de objetos que les permite modificar la vida y el medio para subsistir— de lo que se trata no es de condicionar la transformación posible a partir de la modificación o creación de objetos. Nos interesa particularmente la fuerza conceptual de la invención entendida como una potencia de operación. De lo que se trata entonces es de permitirnos reconocer la fuerza operatoria, las actividades inventivas, en los espacios donde la resistencia y la solidaridad hacen más bien un llamado a la identificación identitaria o a la constricción histórica. La inven-

ción aquí es igualmente técnica y política por cuanto la organización potencia nuevos modelos de conformación relacional, no solo de cada esfera separada, tanto al interior de la organización de la producción técnica, como de las organizaciones políticas específicas de los grupos humanos, sino en la interacción propia de los diferentes registros. La cuestión técnica, así entendida, debe ser sacada de la crítica mecanicista reinante e incorporarse a la comprensión del proceso de conformación realizado por la información, a saber, la producción de estructuras y funciones recíprocas. Así, la información no es un mensaje que pueda ser transmitido por cualquier emisor, contenido que evade la forma, hacia cualquier receptor. La información es una significación relacional de una disparidad; es un problema que solo puede ser resuelto por medio de una amplificación en donde se juegan diversos registros.

Para Simondon, la noción de invención refiere a “la aparición de la compatibilidad extrínseca entre el medio y el organismo, y de la compatibilidad intrínseca entre los subconjuntos de la acción” (Simondon, 2013: 158). Esto significa que, si bien puede ser entendida como objeto producido que media relaciones, también, y diríamos más importante, como acto que permite la modificación y creación de estas. El acto de invención es una actividad catalizadora del movimiento que produce no solo objetos sino formas nuevas de habitar la vida, en ese sentido no es solo una actividad productora a la manera de la manufactura sino principalmente en términos políticos. Lo relevante de toda acción inventiva es el efecto que produce no solo por su resultado u objeto final sino por la operación misma de la que depende, que funda y reestructura. “La invención es inducida por una necesidad de compatibilidad interna que se efectúa y expresa en el sistema organizado que incluye como subconjunto al ser viviente a través del cual adviene” (Simondon, 2013: 210). Toda operación, en su sentido técnico, es una modificación o creación de una estructura. Si bien refiere a mediaciones heterogéneas, tiene un lugar funcional entre órdenes diferentes, y como tal permite que la acción del sujeto tenga lugar. Esto significa que la invención no refiere solamente al ejercicio práctico que se tiene con los objetos o herramientas, los medios con los que se resuelve un problema, sino al acto que expresa y dirige la vida (Simondon, 2017: 303-18), la mediación que se conforma como una red significativa materialmente. En ese sentido, más que una actividad espontánea propia de una intencionalidad genial o de un proceso repetitivo de velocidad incrementada, se trata de una dinámica creativa que se genera en la

interacción dirigida de cuerpos: en la operación. De manera análoga, la serialidad permite pensar las relaciones de las estructuras colectivas en cuanto son materialidades que emanan con las estructuras y acciones propiciadas históricamente con las que los individuos tienen que lidiar. Las acciones de los colectivos seriales producen resultados que no son relevantes por la intencionalidad de cada uno de los individuos involucrados, sino por la interacción que se genera ante la circunstancia. No se trata tampoco de un evento espontáneo desarticulado de su entorno sino propiciado precisamente por él. La invención, tanto técnica como política, no se restringe a la particularidad creada sino a la red operativa producida localmente.

Esta noción de invención no es la misma que la innovación; no está en relación con la intencionalidad productora sino con la individuación, con el proceso de producción de lo real. La innovación siempre está del lado de la producción de objetos, no como objeto creado, es decir, no como una materialización del acoplamiento entre un individuo y su medio, sino como una idealización intencional que tiene su fin en el mercado de los objetos. La invención, en cambio, se encuentra ligada al proceso de individuación como la condición ontológica operatoria desde la cual se crean esquemas de funcionamiento, resoluciones de tensiones que se dan en todos los ámbitos metaestables. Como hemos dicho antes, el ámbito metaestable es cualquier sistema emergente cuya resonancia interna permite devenires posibles. Para que este sistema metaestable tenga lugar, es fundamental su relación con lo que describimos como lo pre-individual, una especie de topología como condición de todo lo emergente. No se trata de una sustancia ni de un objeto sino de las potencialidades propiciadas material y formalmente por cada circunstancia. De manera análoga el colectivo como serie puede ser pensado en términos de la condición pre-individual que permite una confluencia de agencias cuya potencia se resuelve en la acción. Una actitud tecnológica centrada en la actividad inventiva implica el reconocimiento de las potencialidades operativas que pueden propiciar otros intercambios simbólicos y corporales. La acción así generada no está dirigida por una efervescencia sin control de cualquier virtualidad, sino que atiende a los registros funcionales y reestructurantes posibles. La alusión al sistema metaestable es un recurso categorial que permite hablar en términos de individuación, de llegar a ser, de devenir, ahí donde antes queríamos hablar de resistencia y solidaridad. Este devenir, por supuesto, no es actividad uniforme, se tratan de sentidos determinados por las múltiples agencias involucradas.

## Consideraciones finales

Hemos intentado trazar un puente entre ámbitos quizá incommensurables, a saber, la política y la ontología. La intención fue hacer confluír un marco teórico rico en potenciales, pero latentemente problemático, como es la postura teórica de Gilbert Simondon con una de las preguntas más cara a la historia de los feminismos: ¿cómo se conforma el sujeto del feminismo?

Comenzamos trazando una separación de aquello que puede comprenderse como políticas de la identidad o posturas teóricas sobre la identidad para aterrizar en una aproximación teórica que recentrara la pregunta por el sujeto un poco antes de la concepción de sujeto, es decir, en el individuo, y aún antes, en el proceso de llegar a formarse los individuos. Si bien en un principio parecía que la noción de colectividad como serie nos colocaba mucho más cerca de un proceso creativo que podía manifestarnos un camino para pensar la posibilidad de las alianzas que no se dibujaran desde la necesidad de la similitud o la identidad, sino que problematizara la forma misma en que estas alianzas son creadas. Finalmente reconocimos las limitantes que podrían ser ampliadas con una concepción técnica que desplace los proyectos emancipatorios de los usos de la tecnología. Esto, en último término, tendría que llevarnos a plantear, con Simondon, la manera en la que concebimos la tecnología ya no entendida como objetos o máquinas producto de la revolución industrial o caracterizada por su producción acelerada ni tampoco como una mera colección de prótesis corporales, sino como una teorización particular de lo técnico, red ampliada de objetos, cuerpos, instituciones y prácticas.

La fuerza que vimos en la teoría de la individuación en general, pero más específicamente en la noción de invención propia del proceso de individualización de los objetos técnicos nos parecía que tenía una especie de resonancia con aquello que faltaba en las consideraciones sobre la identidad, a saber, el ímpetu por la conformación de redes funcionales que potencian operadores diferenciales. Así, la cuestión de cómo generamos alianzas en común, localizables, potentes en su invención, nos lleva a reconocer la emergencia de acciones, efecto de las confluencias en circunstancias específicas, como la apertura presente en las operaciones que permiten redireccionar los intercambios. La potencia técnica de los cuerpos a la que nos referimos desde el título, de los sujetos metaestables que somos en cada caso, no está en su capacidad para modificarse artificial o prostéticamente. Hemos dicho que no se

trata de adoptar el sueño transhumanista, que nos dice que somos más que humanos, porque nuestros cuerpos ya no están determinados por la biología, y que cada uno en su individualidad puede cambiar, por una módica cantidad. Que nuestros cuerpos no estén determinados es más una decisión que un hecho científico. La potencia técnica de los cuerpos, entonces, refiere a la inventiva posible y deseable de configurar otros modos de operar en conjunto, de hacer alianzas desde la diferencia y en conjunto con todas las instancias que median nuestro proceso de individuación, en donde el intercambio de información y causalidad no sea sino el de un sistema que está en incesante transformación.

## Referencias

- Apprich Clemens, Wendy Hui Kyong Chun, Florian Cramer y Hito Steyerl. 2018. *Pattern Discrimination*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Grosz, Elizabeth. 1999. "Darwin and Feminism: Preliminary Investigations for a Possible Alliance". *Australian Feminist Studies*, 14(29), 31-45.
- . 2012. "Identity and Individuation: Some Feminist Reflections". En De Boever, Arne *et al.*, *Gilbert Simondon. Being and Technology*. Edimburgo: Edimburg University Press.
- Harvey, Olivida, Tamara Popowski y Carol Sullivan. 2008. "Individuation and Feminism". *Australian Feminist Studies*, 23(55), 101-112.
- Hooks, Bell. 1990. *Yearning: Race, gender and cultural politics*. MA: South End Press, Chicago.
- Simondon, Gilbert. 2007. *El modo de existencia de los objetos técnicos*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- . 2013. *Imaginación e invención*. Buenos Aires: Cactus.
- . 2014. *La individuación a la luz de las nociones de forma e información*. Buenos Aires: Cactus.
- . 2019. *Sobre la filosofía*. Buenos Aires: Cactus.
- Stone, Alison. 2004. "Essentialism and Anti-essentialism in Feminist Philosophy". *Journal of Moral Philosophy*, 1(2), julio, 135-153.
- Young, Iris Marion. 1994. "Gender as seriality: Thinking on Women as a Social Collective". *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 19(3), 713-738.



- . 2001. “House and Home: Feminist Variations on a Theme”. En Holland, Nancy J. y Patricia Huntington (eds.), *Feminist interpretations of Martin Heidegger*. The Pennsylvania State University Press.